

LOS LUNES DE EL IMPARCIAL

AÑO LV

MADRID, 11 DE DICIEMBRE DE 1921

NÚM. 19.612

CUENTOS ESPAÑOLES EL ÁRBOL LEJANO

Niño aún, aprendió a amarle con aquella honda ternura que después, hecha nostalgia, le humedecía los lagrimales y le oprimía el corazón.

Era un roble majestuoso, encaramado y solitario en lo alto de la loma, como el pastor del rebaño de los otros árboles pequeños que trepaban cual si pacieran lentos y escudriñados por las suaves pendientes.

El tronco anchamente recio y duramente rugoso por el tiempo, con oquedades sombrías y cálidas, con salientes verruciformes, con blandos tallos de gajo verdor cuando las primaveras y centelleos gémicos cuando las escarchas invernales.

Las ramas se desplegaban, crecían cada año más solemnes y paliales, entrecruzándose, prolongando el amparo de su sombra, incluso más allá de la tierra nutriz, de las profundas y quién sabe qué extendidas raíces de su vida.

El viento movía aquella sombra entre el rumor frondoso de mar lejano. El sol la iba cambiando lentamente de sitio en una vuelta cotidiana más larga, más corta, siempre grata...

Y desde esta sombra, al recuesto grato del tronco amplio, el niño aprendió a amar el roble, la reflexión y el pueblo donde había nacido.

Antigua ya la costumbre de su familia—desde el padre del abuelo de su padre—de esta contemplación silenciosa del caserío humilde, extendido en el valle a lo largo de un trayecto del río. Humos de hogar ascendían como símbolos votivos a disiparse, inútiles, en la atmósfera impasible. Entre los grupos de las casas había geométricos espacios de jardines y huertas y se abría paso la carretera ancha a los serpentinos senderos.

De niño escuchó cuentos de hechicería y parábolas ingenuas a su padre. De adolescente leía libros de estudios y los otros más amables de versos o novelarías. De joven dijo palabras y dió besos de amor.

Y cuando su juventud todavía estaba indefensa y deslumbrada, abandonó el cobijo frondoso, los éxtasis líricos, la calma alta...

Al salir del pueblo se asomó a la vemanilla del coche—uno de esos antiguos coches pintados de rojo y amarillo, que se ven muy de tarde en tarde en las carreteras españolas, con su alegre tintineo de colleras y repleto de gentes lugareñas y empolvadas—y agitó la mano hacia la altura donde el roble había de esperar su retorno.

El hombre sentía avivarse la nostalgia del árbol a través del tiempo y de los episodios. Eran evocaciones súbitas, de esos bruscos, lánguidas melancolías.

Viajó por los caminos de la tierra, del mar y por los nuevos del cielo. Viajó

por las almas. Aumentó su fortuna y crecieron sus pasiones, y acrecentó el tesoro amargo de su dolor. Murieron sus padres; mató hombres desde el surco estrecho de una trinchera, y al mandato ronco de muñecos pálidos y uniformados que movían en una mano el sable fulgurante y hacían fuegos cortos con la otra. Palpitó junto a muchas mujeres y le hizo llorar el abandono de una sola. Le nacieron hijos, y unos se murieron y

mo de transición, como en esas escalas que apaciguan y maravillan el huracán hastío de los navegantes, el retorno al pueblo, las estadas largas de las mañanas y de los vespéros al pie del roble con un libro en la mano y una sed de espacio en las pupilas.

Luego, al acercarse su vejez, ya la ansiedad de entibiar cariciosamente su alma en la paz pueblerina, era más frecuente, menos olvidadiza. Decía a los

Las gentes de hogaño odian los árboles, unas; tienen frío, hambre y miseria, las otras. Los bosques van despoblándose. A lo largo de las carreteras se ven los chopos altos, los álamos esbeltos, macheteados en su base, primero; sejos después en fantasmal reproche a los labriegos que les destruyen la savia para que las ramas frondosas no sombreen la tierra.

Escribió al pueblo con la misma premura que a sus correspondientes de Bolsa y Bancos. Aguardó impaciente la respuesta.

No. El roble no había desaparecido. Seguía—pastor vigilante, palió acogedor—en la loma. Una fotografía le mostraba en la pompa de sus ramas cubiertas de hojas, en la recia y rugosa amplitud de su tronco.

El hombre se enterneció viendo aquella fotografía, cual si fuera un retrato de la madre muerta, de la amante fugitiva.

La enseñaba a sus amigos y sonreía melancólicamente.

—¿Veis? Aquí terminará mis días. Ahí, en lo hondo, está el pueblo, y en él, la casa donde nació...

Los amigos reían, le palmeaban la espalda, le decían chistes y cambiaban de conversación.

Compró la tierra nutriz del árbol. Con ella, el roble era suyo, al fin. Cuando volviera al pueblo podría recostarse en él como en el lecho de la propia casa. Y esto le tranquilizó tanto, que casi llegó a olvidarse de su deseo.

La idea de posesión le hizo confiar en su vida y en su voluntad de prolongarla. Antes creía que fuera demasiado tarde el refugio silencioso y calmo. Desde entonces difería el instante. ¡Bah! Aún era pronto. Coincidió, además, con una pasión nueva.

Tenía esta pasión unos ojos de diablesa, una boca de virgen, un alma loca y no más que veinte años.

Y una madrugada—madrugada lívida de ciudad, torpe el pensamiento, fatigado el cuerpo—, al entrar el hombre en su casa encontró el telegrama: un rayo había hundido el roble.

Tuvo que leer varias veces la noticia. No comprendía al principio más que las palabras. Después comprendió más que las palabras.

Y sintió un horror profundo. El horror del hombre que supiera no iba a tener una tumba después de muerto.

Luego esta idea se borró. Un ardor súbito le nubló la vista. Se asfixiaba. Llevó la mano a la garganta para deshacer la corbata, y no pudo. Cayó al suelo.

Por su tronco había pasado también una exhalación: la mujer joven que llegó tarde a las ansias de viejo.

José FRANCES

Dibujo de Ochoa.



otros formaron vidas, diferentes de la suya...

A veces transcurrían años enteros sin que sintiera la emoción hueña del roble sobre la loma. A veces eran días seguidos, acuciadores, que le torturaban con el deseo de huir hacia el refugio propio.

En una fiesta de una gran ciudad; en una fiebre ávida de negocios boyantes; en un desaliento físico; en una caída espiritual; durante el insomnio tenaz de los desgastes nerviosos; al caer sobre su pecho una testa femenina, tremante todavía del divino momento...

Y entonces pensaba como en un bálsa-

compañeros de fortuna, a los jóvenes impacientes:

—Yo, el mejor día me escapo de todo esto. Como las bestias cansadas de vivir, me quitaré cuando sienta que la muerte ha pensado en mí...

Se reían. El mismo se reía, también y después. Porque no realizaba el viaje de retorno. Aquel árbol que cobijó su niñez y su adolescencia llegó a parecerse algo inasequible y prohibido, que alentaba por ello su espiritual codicia.

Un día le acometió una duda angustiosa: ¿Había desaparecido el árbol?

EL FILÓSOFO EN EL CINE

EL CHARLOTISMO

CHARLOT, que ha estado en Londres y en París, creo que me dijo la otra noche:

—Sí, en efecto; me han llamado y me llamo yo mismo «el clown del cine». No puede haber para mí título de gloria más precioso. Si soy, en efecto, y por antonomasia, «el clown del cine», quiere decirse entonces que soy nada menos que el representante de una estética nueva, o, por lo menos, de una nueva fase—gloriosa—de la estética.

Para mí, no hay mas que tres tipos de comicidad que pudieran representarse, por ejemplo, con tres nombres: Molière, Hanlon-Lees, Charlot.

Molière, como pudiera decir Aristófanes, o Cervantes, o Shakespeare, representan lo cómico literario: el verbo cómico.

El verbo opera en un dominio riquísimo y fecundo: la imaginación, la fantasía. La palabra sugiere; suelta el resorte de la facultad figurativa y, puestos a figurarnos perspectivas, nos las figuramos infinitas y a gusto. Si alguien exalta ante nosotros, con palabras de comunicativo ardor, las maravillas del Oriente, verbigacia, nuestro espíritu se dispondrá en el acto a figurarse no ya las maravillas posibles—todas juntas—, sino también las imposibles.

Las maravillas no aparecerán, pero sí el maravillamiento. El efecto de la palabra recae directamente sobre la excitación final, sin pasar por los medios concretos de representación. Este es el proceso del sugerir.

Queda frente al sugerir el representar: con verlo hasta. Para sentir la emoción del firmamento, por ejemplo, hay dos caminos: leer un evocador poema al cielo, o... abrir la ventana y mirar.

Molière—el literato—sigue el primero, la palabra. El «clown», en cambio, habla lo menos posible y ejecuta: prefiere el acto a la palabra.

(Los verdaderos «clowns» son siempre pantomímicos. Sólo por una abyecta degeneración comercial puede haberse llevado a la pista la bazofia de retruécanos y colmos—colmos de sandez—con que nos abrumen hoy en los circos.)

El «clown» se diferencia del literato en que aquél hace mientras el otro habla; y se diferencia, sobre todo, en que el literato habla a la imaginación, mientras el «clown» parece vivir realmente.

Es muy curioso, y quiero hacerlo notar, porque aquí está todo lo esencial del asunto: lo que hace el «clown» pertenece al orden moral de nuestra vida cotidiana: sus argumentos son cosa corriente; sus hazñas, cosa corriente. En vez de buscar peripecias excepcionales, hace las mismas cosas que hacemos todos nosotros en la vida: pasea, va a tomar el tren con una maleta, quiere tocar el violín, se quita el cuello porque tiene calor, apuesta a que es capaz de tal o cual hazña; se entera en perseguir una mariposa que constantemente se le escapa...; y al representar sus pantomimas, en vez de intercalar proezas y hacer gala de habilidad y facultades, hace precisamente lo contrario: finge que no sabe hacer nada; cuando mira enajenado a una hembra, tropieza con sus propios talones; cuando se abanica con el sombrero, se da un papirotazo en la nariz; cuando se apoya indolente en el paraguas, el paraguas se escurre y él se cae con una costalada extortórea. Todas las andanzas del payaso pertenecen al repertorio corriente y llano de la vida; y es que pretende hacernos creer que allí no

pasa nada de particular: que el «clown» es un hombre como otro cualquiera; pero torpe.

Y, sin embargo, no es así. Solamente el niño, como no tiene doblez, toma al pie de la letra el juego, y se figura que él puede hacer lo mismo; equivocación peligrosa para la integridad de su persona, de la vajilla y de los muebles de su casa. Pero, fuera del niño, los demás sabemos, desde luego, que debajo de la aparente naturalidad está oculto el prodigio, un prodigio que consiste nada menos que en la victoria de la habilidad sobre las leyes naturales; la pericia de un hombre llegando a conseguir que la cabeza rompa el pavimento sin que la cabeza padezca, y llegando a salir por la ventana de un salto mortal, en vez de salir por la escalera.

Hay, pues, en las pantomimas del «clown» una comedia de magia en toda regla; pero una comedia de magia a la inversa: en las magias del teatro, lo más sencillo y nimio toma inesperadamente un cariz sorprendente y sobrenatural; en las pantomimas del circo, la sobrenatural y prodigioso toma apariencias de sencillo, vulgar, corriente y hasta torpe.

El «clown» juega, y toda su destreza le sirve para aparentar que no juega: que es real todo cuanto hace. Y real es, después de todo: los coscorrones son coscorrones, y los batacazos, batacazos. El payaso pretende—y aun consigue—realizar lo maravilloso; hacerlo real, hacer real la magia, hacer que la magia no parezca magia y parezca sencillamente realidad.

Pero el payaso no puede disponer para sus fines mas que de su propia persona y del precario «atrezzo» teatral: se ve reducido a una pista, o, todo lo más, a un escenario.

Los Hanlon-Lees, genios del género, llegaban a ejecutar una comedia entera; pero no podían pasar de ahí: casas de papel, trastos de cartón; recursos tradicionales y exigüos.

La transformación radical no pudo venir hasta que el cinematógrafo nos ofreció la opulencia inagotable de sus recursos técnicos. Nosotros tenemos a nuestra disposición un tesoro de trucos y, para escenario, la realidad íntegra y plena. Nosotros podemos dejarnos caer, no de una mesa o de una silla, sino del mismísimo tejado de una casa; y si, por miedo a un ratón, nos encaramamos en la lámpara, se viene el techo abajo con todos los vecinos y enseres del piso de arriba; si volvemos la cabeza para mirar, donjuanesco, a una dama, corremos el riesgo de desaparecer por el estotillón de una alcantarilla auténtica.

Las casas, las calles, los campos; toda la vida, la mueble y la inmueble, se nos ofrece a nuestra disposición y colabora con nosotros. Y el efecto cómico nace precisamente de que nos metemos por la luna de un escaparate de verdad—o que al menos lo parece—y de que nos detiene un policéptico de verdad, y que todo pasa como si fuera una escena de la vida real y diaria. ¿Me ha visto usted nunca hacer cosas fantásticas? Siempre me muevo dentro de la realidad más familiar; ni siquiera me disfrazo; ni de traje mudo, para más parecer, no un actor que finge, sino un señor que sale, «como de costumbre», a sus ocupaciones, a sus diversiones, a sus devaneos.

Todo es en mí real; y, sin embargo, nada menos real: estoy yo en el mismo caso del payaso; pero tengo sobre él y a mi favor la circunstancia de que opero

con la realidad misma. Y esta circunstancia es la que da transcendencia incalculable a mi arte, porque sucede que al prestarse la realidad a mis manejos se hace payasada lo real; no soy yo el payaso: lo es todo conmigo. ¿No han visto ustedes que al ponerse en marcha mi automóvil empieza a retemblar, a brincar, a zaranearse y a desencuajarse, como si fuera a bailar un danzón, y tengo que aquietarlo agarrándome a él como si fuera un perro travieso? Mi automóvil hace el payaso como yo; pero como este automóvil, que parece de juguete, echa a andar y funciona completamente en serio, llega uno a formarse la ilusión de que todo aquello es posible y de que la realidad suele también permitirse esas bromas con los pobres diablos charlotescos.

La magia se finge realidad. Es un nuevo aspecto—aplicado al humorismo—del realismo idealista. Y es curioso; el cine se vale de la fotografía, colmo—según las gentes—de realismo; y, sin embargo, si aprovecha la reproducción estricta y fotográfica de la realidad, lo hace para engañar con eso a todos y ha-

cer algo que no tiene de realismo mas que el aspecto, y que es, en el fondo, todo lo contrario: magia pura.

La magia se finge realidad y el universo se hace «clown». Charlot creó el charlotismo, y el charlotismo supone todo un concepto de arte aplicable a cualquier sección de la estética: la interpretación clownista del mundo. Ya desde ahora puede verse lo que de payaso tienen la cartelera anunciadora, el perro, el farol, el campanario, el magistrado, la duquesa; y el ser humano mismo, y la vida, en general, y hasta las cosmogonías, si se quiere.

Nosotros hemos llevado a madurar la concepción clownista de la vida; «clown del cine» quiere decir creación de la vida clownista.

Hoy, y gracias al cinematógrafo y a sus recursos infinitos, gracias a mis predecesores—Tiburcio y Max Linder—y gracias a mí—que he perfeccionado el género con seguridad y firmeza—existe desde ahora un Hacedor-Charlot que ha hecho un mundo entero a su imagen y semejanza.

Manuel ABRIL

LA VIDA PINTORESCA

DOS PATADAS EN EL SUELO

Cómo debemos indignarnos? Este es un tema de discusión que bien merece ser tratado hasta en las juntas de académicos científicos o en pleno salón del Ateneo. Hay que saber enfadarse y hay que aprender también a demostrarlo, porque, si no, se corre el riesgo de que, por indignado que uno esté, no le crean y hasta se pitorreen de propina.

—¿Esto qué es?

—¿Qué va a ser? La sopa.

—Anda; pues me había parecido, francamente, engrudo. ¿Sabes que esta cocinera no tiene precio para mujer de un empapelador de habitaciones?

Esto, dicho así, no causa el menor efecto; y la esposa del que por fuerza tiene que engullir aquello, y hasta la propia confeccionadora del emplasto, no sufren la menor contrariedad.

¡Claro; la protesta ha sido hecha con toda mesura y hasta con ligero gracejo! Pero ¡ah! supongamos que el pobre ciudadano a quien le han servido aquello opina de modo más violento y ya la escena y la protesta cambian.

—¿Conque sopa? ¡Maldita sea mi estampa y la hora en que entró esta criada y hasta aquella en que te conocí y me sonreíste!

A continuación, ¡zas!, coge el plato, lo estrella contra el suelo y agarra un cuchillo violentamente, como diciendo: «Al propio Brillat-Savarin que entrase por esa puerta, le asesino!»

Resultado: que el episodio de la sopa causa tal emoción en aquella casa, que la efemérides se apunta cuidadosamente y que es muy difícil que vuelva a producirse el caso. Desde aquel airado momento, la señora tiene todas las mañanas ocupadas, pues hace más visitas al caldo que si en cada una de ellas la quitasen algunos años se enclima.

No es que ensalcemos el mal humor, ni que pensemos escribir un panegírico de los señores de carácter amargado: es que tenemos comprobado que la protesta sin el ademán violento sirve para menos que rascarse el cogote cuando nos presentan el recibo del inquilinato.

En todas las oficinas hay siempre un desventurado que carga con el trabajo, con las culpas y con la responsabilidad de todos.

—Gutiérrez, usted que domina la redondilla, copie esta real orden.

—Gutiérrez, que el subsecretario se enfadaria mucho si no se resuelve hoy ese expediente de aguas.

—Gutiérrez, debe usted venir más temprano.

—Gutiérrez...

El pobre hombre aguanta, sufre y trabaja mucho más que si estuviera enganchado a una noria. En vano protesta; porque como lo hace en tono mesurado y sin dar gran importancia a su enfado, nadie le hace caso, y oye que le dicen:

—Vamos, Gutiérrez; se conoce que hoy le ha reñido la patrona y viene usted de mal humor. ¿Por qué no la da usted dos escobazos?

¡El qué va a dar! La patrona no le ha reñido; pero ha comprendido el abuso de que es víctima, y como su protesta no adquiere nunca el aire violento que debe acompañar estos sentimientos, no adelanta nada, hasta que llega el día en que se cansa y echa las patas y los raspadores por alto.

—¿Qué se han creído ustedes?—dice—. Aquí va a trabajar todo el mundo, hasta el ministro, o mis pecadoras manos no vuelven a coger un expediente.

—Pero Gutiérrez...

—Pero ¡zanahorias!

Dicho esto, pega dos patadas en el suelo y adopta un ademán tan resuelto que sus compañeros de oficina le miran y piensan:

—Pues parece que es de verdad. ¡Nos ha fastidiado!

Entonces, únicamente, es cuando da resultado la protesta de aquel que ha sido víctima durante muchos años de la tiranía de sus compañeros, los cuales, recordando el fiero ademán del emancipado, se inclinan ante el trabajo. ¿Da resultado o no el incomodarse de un modo serio? ¡Claro está que sí, y esto no debe olvidarlo nadie! Dos violentas patadas contra el suelo, un rechinar de dientes y poner los ojos a lo Borrás, tienen más fuerza que una larga serie de consideraciones.

Indignarse pacíficamente es como agua en banasta. Hay que hacerlo violentamente y como si se estuviese pronto al boxeo. Lo demás, no conduce mas que a la tomadura de pelo, y eso, si no lo tiene uno francamente largo, siempre es ligeramente desagradable.

A. R. BONNA

ACTUALIDADES GRÁFICAS



1 Una escena de la obra «Su Majestad el Dollar», estrenada en el teatro Cervantes el viernes. — 2 Julita Fons y Ramón Peña en un «fox» de dicha opereta. — 3 El profesor L. Wilkins, director de la enseñanza de lenguas modernas en los Institutos de la ciudad de Nueva York, que ha dado una interesante conferencia en el Ateneo. — 4 La Reina en Sevilla: S. M. saliendo del Dispensario de la Cruz Roja.

Los poetas

FELICIDAD

Por la balumba
de la ciudad,
rumbante en loco
ruido infernal,
voy, abatido,
con mi cantar:
—Felicidad, ¿dónde fuiste?
¿Dónde estás, felicidad?

Noche de invierno.
Mi alma está
triste. Unos ojos,
como un puñal,
lá hieren. Alma
¿quieres soñar?
Corazón yerto,
¿despiertas ya?
Cupido vino
con su carcaj.
Te clavó un dardo.
¡Sangrando estás!
—Felicidad, ¿dónde fuiste?...
¿Dónde estás, felicidad?...

—¡Tú que me hiciste
de amor soñar,
Dios te lo premie!
¿Ya nunca más
esos tus ojos
me mirarán?...
—Felicidad, ¿dónde fuiste?...
¿Dónde estás, felicidad?...

Félix CUQUERELLA

DE VERLAINE ARTE POETICA

¡Que sea la Música la excelencia sumal
Para ello, prefiere los metros impares,
solubles al aire, vagos, peculiares
de no encerrar nada que pese o presuma.

Menester será no escoger ninguna
palabra que excluya cierta imprecisión;
nada habrá más grato que la gris canción
donde lo Indeciso a lo Justo se una.

Será cual tras velos las pupilas bellas;
será un mediodía tremante y soleado,
y será en un cielo de otoño templado
la cosecha azul de claras estrellas.

¡Del Matiz queremos el uso y retorno!
¡Nada de Colores! ¡Tenga primacia
el matiz tan sólo, el matiz que alía
el sueño al ensueño y la flauta al corno!

¡Rehuye cuánto puedas la Pulla asesina,
el Ingenio cruel y la Risa impura
que los ojos célicos con llanto tortura,
y ese olor de ajos de baja cocina!

¡A toda elocuencia retuerce el pescuezo!
Bien estará que hagas, por probar tus bríos
que cese la Rima en sus desvarios;
pues si no, ¿hasta dónde tendería el cuevo?

¿Quién dirá las grandes culpas de la Rima,
y qué niño sordo o qué negro absurdo
nos dió ese joyel de a cuarto, tan burdo
que a hueco y a falso suena si se lima?

¡Que llene la Música todos tus momentos;
que tu verso sea cosa volandera,
como si saliera de un alma viajera
a otros amorios y a otros firmamentos!

¡Que tu verso sea la buenaventura
que en la crespia brisa matinal alienta,
y acaricia campos de tomillo y mental..
... Y lo demás, todo es literatura.

Mauricio BACARISSE, tradujo.

LA ROMERIA DE SAN ANDRÉS

Memorias lejanas
de horas aldeanas
en mi pueblo astur!
¡Pobriña alma mía,
torna en romería
a tu juventud!

Llegan los romeros
por blancos senderos,
con cansado andar;
traen los caminantes
de villas distantes
algo que tratar.

Bajo de un robledo,
el vago remedo
alzan de un ferial,
y forman concejo
en torno de un viejo
que merca un eral.

Tiernos recentales,
añejos y erales
custodia un rapaz,
que es fuerte y membrudo,
colorado y rudo,
rubio y montaraz.

Y dice el gaitero
—que es Juan, el sidrero,
por ser feligrés—,
que se aman los lobos,
con tiernos arrobos,
para San Andrés.

Y Pachín, que canta
con recia garganta
junto al tocador,
¡con cuanto redoble,
debajo de un roble,
toca en el tambor!

Bajo los castaños,
que años y más años
deben de contar,
todo es dicha y gozo,
todo es alborozo,
todo es a bailar.

¡Pídele, alma mía,
a Santa María
que vuelvan mis pies,
en son de romero,
a hollar el sendero
que va a San Andrés!

¡San Andrés amado
mi cuerpo enterrado,
al moriré, sea
en el cementario,
lleno de misterio,
de mi vieja aldeal!

Adriano del VALLE

La nariz de Fu-chin-ko

FU-CHIN-KO era el chinito más travieso, más diabólico y más inaguantable de la creación. Trabajo me costaría enumerar las maldades que hacía al cabo del día.

Atar cacerolas a la cola de los perros, meter un gato en la cama de la vecina mimosa, llenar de hollín la polvera de la vecina coqueta, comerse el arroz del vecino goloso y dejar en su lugar un puñado de chinitas; todas estas monerías eran de su repertorio.

Un día, pasando por el mercado, vió a un vendedor de cacharros que discutía con un parroquiano:

—No le dejo este puchero por menos de ocho «taels» (algo así como diez reales nuestros)—decía el primero.

—Eso es un robo!—exclamaba el segundo.—Le ofrezco cuatro «taels».

—Eso es una explotación!—reponía el primero.—Deme usted, por lo menos, cuatro y medio.

Fu-Chin-Ko se acercó de puntillas por detrás de los discutidores y se entregó a una maniobra misteriosa. Hecho el negocio, el comprador quiso marcharse con su puchero; pero sintió que le retenían, y gritó furioso:

—¿Suélteme usted, so majadero!

—Usted es quien tira de mi trenza!—exclamó el otro, lleno de indignación.

Se enredaron a palos; el puchero voló por los aires y se hizo añicos; cuando, al fin, notaron que tenían las trenzas atadas, el endemoniado Fu-Chin-Ko estaba ya lejos, retorciéndose de risa.

Y tanta gracia le hizo su nueva ocurrencia, que resolvió repetirla; pero no encontró en toda la ciudad dos chinos en situación de ser atados por las trenzas; y, andando, andando, llegó a un bosque.

Al pie de un árbol vió a un hombre dormido: era un anciano de luengos bigotes amarillos (el pelo de los chinos, cuando envejecen, no se les pone blanco, sino amarillo) y trenza kilométrica.

Fu-Chin-Ko se acercó, conteniendo la respiración; cogió la trenza del anciano, la enrolló alrededor del árbol, atándola luego a una rama, y fué a esconderse cerca de allí para gozar del espectáculo que se preparaba.

Al poco rato, el durmiente abrió los ojos, se despertó, bostezó y quiso levantarse; pero lanzó un ¡ay!, al que respondieron las carcajadas de Fu-Chin-Ko, que se desternillaba de risa: ¡Jil ¡Jil ¡Jil!

(Los chinos, cuando se rien, dicen: ¡Jil ¡Jil ¡Jil!, en lugar de: ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja!)

Entonces el viejo levantó un dedo, sencillamente, y la trenza se le desató sola. Luego sacó de su bolsillo un silbato de laca y lanzó un silbido; a esta señal, de cada árbol del bosque surgieron seis horribles y microscópicos gnomos: tres vestidos de verde y tres de rojo. Todos se precipitaron sobre el malvado chinito. Unos le agarraron por las piernas, otros le sujetaron las manos, otros le empujaron por la espalda, y así le condujeron ante el viejo, que le miraba con severidad.

—Fu-Chin-Ko—dijo—, yo soy un enviado de Buda, y tú eres un mal bicho; tú maldad va a recibir un justo castigo.



Extrajo de su bolsillo una cajita de nácar, la abrió y sacó un grano de arroz; luego dijo tres veces, muy de prisa:

—Li-Pa-Tu. —Pi-Ta-Lu. —Ti-La-Pu.

Y ¡paf! aplicó el grano de arroz a la punta de la nariz del muchacho, que estaba más muerto que vivo.

Luego lanzó otro silbido, y una nube luminosa le rodeó; cuando se disipó, el enviado de Buda y los gnomos habían arroz seguía allí, y quedó estupefacto y horrorizado. Su nariz se había alargado de un modo tan extraordinario, que alcanzaba un tamaño de setenta y cinco centímetros, por lo menos!

Echó a correr, atravesó la ciudad en medio de los gritos y las exclamaciones de todo el mundo, llegó a su casa, se precipitó a la cocina, cogió un enorme cuchillo y ¡zás! se cortó al rape la terrible nariz, que cayó al suelo. Pero en el mismo momento le creció otra nariz que aventajaba a la primera en unos veinticinco centímetros. ¿Qué hacer? Fuera, oía el rumor de la gente que le había seguido y esperaba ante la puerta para ver salir al fenómeno. Fu-Chin-Ko, furioso y exasperado, se tumbó sobre su colchón de papel, volvió hacia la pared su terrible nariz y se durmió, llorando de rabia y de vergüenza; pero ¡ay! no de arrepentimiento.

Apenas empezaba a roncar, una nube luminosa llenó la habitación; sentado encima estaba el anciano de los bigotes amarillos; levantó un dedo y dijo tres veces, muy de prisa:

—Pa-Tu-Li. —La-Pu-Ti. —Ta-Lu-Pi.

Y al momento, el jergón, con Fu-Chin-Ko encima, se elevó, y, atravesando el techo sin romperlo, desapareció por los

miento fué tocarse la nariz; pero no: no había disminuido.

En aquel momento vió a una pobre vieja cargada con un haz de leña, que subía penosamente una cuesta.

—¿Quieres ayudarme a llevar mi carga?—le dijo la vieja.

No porque tuviera la nariz más larga se había vuelto Fu-Chin-Ko ni más cortés ni más servicial.

—¡Déjeme usted en paz!—contestó.—(Lo cual es una grosería, aunque se diga en chino.)

Luego se agachó rápidamente, hizo una enorme bola de nieve y ¡paf! se la quiso lanzar a la vieja. Pero resbaló en la nieve y ¡catapum! fué a caer de narices, rodando hasta el pie de la cuesta. Se levantó echando lumbre; la vieja había desaparecido, y ¡horror! a él le había crecido la nariz unos veinticinco centímetros más.

Ahora alcanzaba cerca de dos metros, y pesaba tanto, que a Fu-Chin-Ko le costaba un trabajo impropio no caerse hacia adelante al andar. Entonces se sentó, se cogió la cabeza con las manos y murmuró:

—Decididamente, el hacer el mal no me da muy buen resultado.

—Nunca dijiste mayor verdad—dijo a su lado una voz severa.

Levantó los ojos y vió al anciano del bigote amarillo, que debía de gozar un oído privilegiado, pues desde el trono de Buda, a cuya diestra se hallaba, le había oído hablar.

Por la tercera vez, el enviado celeste levantó un dedo, y dijo tres veces, muy de prisa:

—Tu-Pi-La. —Lu-Ti-Pa. —Pu-Li-Ta.

La nube luminosa apareció obediente,

De pronto, Fu-Chin-Ko notó que tocaba tierra; la nube y el viejo habían desaparecido. Ante él se alzaba un maravilloso palacio de diamante. A la puerta había un «gong» de plata. Fu-Chin-Ko llamó, pero no acudió nadie, aunque la puerta se abrió sola. Recorrió salones magníficos; todo estaba desierto y silencioso.

Al extremo de un largo pasillo, Fu-Chin-Ko vió una escalera de caracol; subió presuroso, abrió una puerta y se encontró en una rotonda de cristal rosa; en medio había una jaula de oro, y en la jaula, una paloma blanca que tenía las patitas bárbaramente atadas por una cadena de platino.

—¡Libértame!—suspiró la pobre paloma al ver entrar al visitante.

El primer movimiento de Fu-Chin-Ko fué volverle la espalda y dejarla plantada; pero en aquel momento vió en el suelo la sombra que hacía su descomunal nariz, y no sé qué le pasaría por la imaginación; la cosa es que se acercó e intentó abrir la puerta de la jaula.

—No—dijo la paloma—, no te canses; la única llave que abre esta puerta la tiene mi verdugo, el terrible dragón negro. Ha salido, según su costumbre, a hacer maldades, devorando gente a diestro y a siniestro. No tardará en volver y...

—... Y yo me encargo de él—declaró Fu-Chin-Ko, lleno de resolución.

Y salió a la puerta del palacio de diamante a esperar al terrible dragón.

Al cabo de un momento oyó unos rugidos espantosos y un resoplido formidable y vió acercarse al dragón negro arrojando llamas por la boca. Fu-Chin-Ko sintió nacer en él un valor muy superior al que le animaba en sus antiguas travesuras. Esperó a pie firme, y cuando el monstruo se disponía a devorarlo le hundió su nariz colosal en la garganta, hasta el estómago. El dragón, medio ahogado porque no podía respirar, cayó al suelo agonizando. Y como Fu-Chin-Ko seguía con la nariz dentro de su boca, el monstruo, al dar el último suspiro, apretó los dientes y ¡crac! se la cortó de raíz.

Del cuello del dragón pendía una cadenita con una diminuta llave de oro; el vencedor la cogió, echó a correr, entró en el palacio de diamante, atravesando salones y pasillos; subió de un brinco la escalera de caracol, y, al llegar a la jaula, abrió la puerta, sacó la paloma y desató las cadenas que ataban sus pobres patitas contusas.

Y entonces, ¡oh, sorpresa!, la paloma creció y se transformó en una linda chinita, de cabello más negro y brillante que el betún y piel más amarilla que el azafrán.

—Soy la princesa Ki-Lu-Ri—dijo—; el dragón negro devoró a mis padres, los reyes; a los cortesanos y a todos nuestros servidores; luego, como yo me negase a ser su esposa, me transformó en paloma y me encerró en esta jaula. Me has libertado tú, que eres tan hermoso como bueno y valiente. ¿Qué quieres por recompensa?

Aquello de «hermoso» con semejante nariz, los reyes; a los cortesanos y a todos nuestros servidores; luego, como yo me negase a ser su esposa, me transformó en paloma y me encerró en esta jaula. Me has libertado tú, que eres tan hermoso como bueno y valiente. ¿Qué quieres por recompensa?

Aquello de «hermoso» con semejante nariz, los reyes; a los cortesanos y a todos nuestros servidores; luego, como yo me negase a ser su esposa, me transformó en paloma y me encerró en esta jaula. Me has libertado tú, que eres tan hermoso como bueno y valiente. ¿Qué quieres por recompensa?

Aquello de «hermoso» con semejante nariz, los reyes; a los cortesanos y a todos nuestros servidores; luego, como yo me negase a ser su esposa, me transformó en paloma y me encerró en esta jaula. Me has libertado tú, que eres tan hermoso como bueno y valiente. ¿Qué quieres por recompensa?



aires. Cuando Fu-Chin-Ko se despertó, quedó estupefacto: se hallaba en una llanura cubierta de nieve; su primer movimiento fué tocarse la nariz; pero no: no había disminuido.

enrolló al chinito y se lo llevó por los aires, algo extrañado, pero bastante satisfecho con tan agradable medio de locomoción.

riz (¿qué tamaño alcanzaría ahora, puesto que siempre que se la cortaba volvía a crecer más larga que antes?) parecía una ironía. Pero al volver la cabeza hacia un espejo del salón, Fu-Chin-Ko lanzó un grito de alegría: la nariz se había quedado definitivamente en la boca del dragón; en su lugar había una naricita impecable, estupenda.

En vista de tales transformaciones, Fu-Chin-Ko se atrevió a pedir a la princesa la recompensa de su propia mano.

Se casaron en el palacio de diamante,

al que no tardaron en acudir un número considerable de servidores y de cortesanos; y el anciano enviado de Buda acusó exprofeso en su nube luminosa para ser padrino de la boda.

En cuanto a Fu-Chin-Ko, corregido para siempre, supo ser un marido perfecto, un príncipe modelo y más tarde un padre de familia irreprochable; y que yo sepa, la nariz no volvió nunca a crecerle.

Magda DONATO

Dibujos de BARTOLOZZI.

IMPRESIONES DE UN LECTOR

Una visión histórica de Rusia

PARA juzgar visualmente un país en revolución se necesita una excepcionalidad de temperamento en el contemplador. Toda revolución es una hipérestesia colectiva; exalta los valores, buenos o malos, de la espiritualidad que la produce; acelera el ritmo cordial del gran corazón invisible. Bajo el valor anecdótico de esa crisis, de esa transición, hay que descubrir el valor histórico y el filosófico, lo cual supone un radio de visión mucho más amplio que el que nos sirve para el criterio normal y corriente. Esa visión superior, que se lanza como un dardo más allá del espacio y del tiempo permitidos a la visión usual, podría ser llamada visión de «universalidad» y de «posteridad».

Fernando de los Ríos tiene esas condiciones intelectuales; y por su misma gestirpe psicológica posee, además, otra superior condición afectiva: un grado eminente de simpatía humana, de capacidad para vibrar con las sentimentalidades ajenas.

No creo que España pudiese enviar a la Rusia soviética un testigo superior a él. La lectura de su libro ha sido, para mí, una de las más provechosas que recuerdo. Pocas veces el hervor de las teorías y de los ensueños que han agitado nuestra afección ideal ha podido ser sometido a más ruda prueba de realidad viva y encarnación humana. Rusia, como inmensa probeta de ensayo, ha ofrecido a la humanidad, en carne propia, la gran fermentación experimental de una sociedad futura. Y su dolor merece un profundo respeto.

Pero la revolución rusa (tercer momento histórico de una emancipación cuyos momentos anteriores son la revolución inglesa y la francesa) no puede ser elevada a precedente histórico para el mundo occidental, porque en ella han intervenido valores circunstanciales que la dejan aislada. ¿Cuáles son sus factores? I.—El valor ideal o doctrinal (dominio proletario); II.—El valor étnico (eslavismo); III.—El valor histórico (impulso recibido de la gran guerra); IV.—El valor educativo de la sociedad rusa (herencia zarista); V.—El valor defensivo (determinado por el bloqueo espiritual y material, por el ataque de las insurrecciones provocadas y alentadas desde fuera, por la misma violencia de la imposición dictatorial). Cada uno de estos elementos podría sugerirnos largas y hondas consideraciones; pero ahora sólo nos importa inscribir unas notas marginales de lector en el libro de Fernando de los Ríos.

Toda revolución es una guerra civil. Claro está, pues, que la idea misma de democracia es incompatible con el período activo de esa guerra. Las palabras de Bujarin, en este punto, son irrefutables. Pero no debemos atribuir exclusivamen-

te a la Revolución rusa ese carácter inficial. La Revolución francesa fué más dictatorial todavía, porque envolvió una lucha de clases aún más exacerbada y ardiente. Conviene hacer una observación luminosa: la misma palabra *pueblo*, como sujeto y no ya objeto de poder, significó en Francia un concepto parcialista de la soberanía; un elemento que excluía a los antiguos monopolizadores del dominio. Lo que hay es que el triunfo del ideal de la Revolución nos deslumbra ahora, y hemos equiparado el sentido de Pueblo y de democracia con la totalidad solidaria de la nación, fuente de la soberanía. Compárese con el adjetivo *civil*, cuyo sentido en nuestros clásicos era tan excluyente y despectivo como lo es todavía el adjetivo *villano* (de villa), porque era exclusivo de las castas bajas. Con todo, aun ahora, una de las acepciones de la palabra Pueblo es excluyente, por ser la equivalencia de lo que en Roma significó la plebe, tan inferior al *Populus* como fuente jurídica.

Así como la Revolución francesa se cimentó sobre el espíritu clásico (y para mí en esa reversión del neoclasicismo al clasicismo originario está uno de los caracteres iniciales de la edad contemporánea), así también la Revolución rusa recibió del zarismo la herencia bizantina, como hace notar Fernando de los Ríos. La coexistencia de la soberanía política y la dogmática en un mismo Poder era una preparación educativa para las nuevas dictaduras.

La culpa principal del maximalismo ha consistido en supeditar el factor político al económico en la obra de la Revolución, bien a la inversa de lo que ocurrió en la Revolución francesa. Pero su gran disculpa ante la Historia consistirá en su admirable transformación pedagógica. El pueblo ruso, como sujeto posible de derecho político, era el producto negativo de un régimen interesado en embrutecerlo. La Rusia actual, movida por otro interés defensivo, el afán de infiltrar en el pueblo el nuevo dogma, ha visto en la enseñanza una formidable forja del espíritu de las generaciones. Claro está que no es este el ideal pedagógico; que debe fomentarse el órgano adquisitivo y no imponer el contenido de la adquisición; pero, sin duda, es una etapa considerable en el camino de aquella capacitación popular. Las páginas dedicadas por el autor a la obra de cultura, cuyo principal agente ha sido Lunacharsky, tienen un valor esencial para juzgar la enorme transformación consumada en Rusia. El teatro, como elemento cohesor de ciudadanía, adquiere en esa obra una plenitud trascendental. Algunos rasgos se destacan como visiones de singular virtud evocativa; así, por ejemplo, el gesto maternal de una directora, son-

risa de luz en aquella glacial austeridad; o una íntima narración de la vida de Tolstói, hecha por un profesor, sin ningún aire de *magister*, a los niños de un grupo escolar; o la descripción de la «Casa del Reposo», instalada en un viejo palacio del Neva; o el desvelo por la restauración de la verdad artística en los iconos...

La más ardua de las dificultades internas de esa revolución ha sido la antinomia ideal y práctica entre la ciudad y el campo. Rusia, en este punto, tiene una enorme desproporción. El ruralismo en el desenvolvimiento de Rusia representa un factor considerable; el amor a la tierra da un extraño aroma a toda la literatura eslava. Pero no debemos olvidar que ese espíritu agrario es el elemento interesado y realista que se opone al elemento idealista y generoso nacido en las minorías ciudadanas, flores de la cultura humana.

Muy acertadamente dice el autor que el problema del Héroe en la Historia, llevado al mundo de lo económico-social, es la creencia maximalista, o sea la afirmación de la posibilidad de improvisar, por un acto de energía, condiciones históricas que tardarían muchos años en producirse por evolución. No creo en esa posibilidad inmediata y visible; pero confieso que la grandeza del intento lleva en sí una virtualidad capaz de actuar sobre la Historia con un impulso cuyo alcance desconocemos; y que esa es la obra histórica de las Revoluciones, que son la forma colectiva de la categoría del Héroe.

La Revolución francesa quiso instaurar un equilibrio armónico entre el principio de libertad y el de igualdad; pero la transmisión del régimen capitalista anuló, de hecho, ambos principios. En cambio, las tendencias de la Revolución obrerista, consagradas con excesiva preferencia al principio igualitario, encontraron en Rusia un pueblo cuyo medio natural y étnico le inclinaba a una exaltación mística de la igualdad. Fernando de los Ríos consagra páginas muy justas a ese análisis del alma rusa, en la cual las aptitudes éticas predominan sobre las intelectuales.

El socialismo, puesto como aspiración ideal en los pueblos de civilización grecorromana o germana, se resuelve, como dice De los Ríos, en un impulso de libertad; pero a través del alma eslava ha sido, ante todo, un ansia de igualdad.

El equívoco en la obra maximalista, ha consistido, según el autor, en confundir la posible socialización de la propiedad con la de la producción, que es imposi-

ble, porque se sustrae a las simples decisiones de la fuerza. Rusia ha sido víctima de su predisposición a lo absoluto; los pueblos maximalistas son los que aman el fin porque anhelan el reposo, el nirvana, y creen que la meta de la Historia es alcanzable; piensan en la redención como en los días que siguieron a la muerte del Cristo y en la época de los milenarios; en la redención como un acto, y no como una dirección vital.

Pero Rusia ha provocado sobre el mundo actual, materialista y corrompido, una sacudida de idealismo cuya trascendencia sólo será plenamente conocida de la posteridad. Es ahora «el fermento de la Historia, la gran llama de Oriente, que lleva en sí gérmenes espirituales abundantísimos, capaces de fecundar el mundo». Y aunque su poder de sacrificio es muy inferior—dice Ríos—a su capacidad de construir, «es un pueblo que ha encendido en un momento dado la Historia y se ha ofrendado a su ideal».

Gabriel ALOMAR

LIBROS RECIENTES

Don José Morote ha publicado un volumen que contiene sus conferencias y artículos sobre *El soto de Roma*, con opiniones y datos de varios escritores y políticos respecto a este interesante pleito.

Emilio Carrere ha recopilado en un tomo titulado *Románticas y otros poemas* sus primeras composiciones, las que salieron de la pluma del exquisito poeta en los años mozos, cuando Heine y Bécquer eran sus ídolos.

«Mundo Latino» ha puesto a la venta la décima y última serie de *Lo que sé por mí*, de «El Caballero Audaz».

La misma Casa ha editado *Carne de relieve*, de López de Saa.

Don José María Salaverría ha impreso un drama, no representado, de ambiente andaluz, titulado *Guerra de mujeres*.

La librería Plon, de París, ha publicado *Le nationalisme turc*, por Berthe Georges-Gaulis.

Publicaciones de la Editorial Cervantes: *Ariel (Liberalismo y jacobinismo)*, por Enrique Rodó; *Antología general de poetas líricos franceses*, traducción en verso de Fernando Maristany; *El patriarca de Lazarevich. La inevitable guerra entre el Japón y América del Norte*, estudio político de Federico Wencker.

IDOLATRÍAS LITERARIAS

El culto de Eckemann a Goethe

NACIÓ Juan Pedro Eckemann en una humilde cabaña. Su padre recorría los pueblos con una caja de madera a la espalda llena de diversos objetos para la venta: cintas, hilos, pañuelos, medias de lana, plumas de escribir... Su madre hilaba lana y confeccionaba gorras para las mujeres. El pequeño Juan Pedro se dedicaba a diversas ocupaciones: cuando comenzaba la primavera y las aguas del Elba descendían, iba a cortar las cañas que se elevaban en sus orillas; en verano guardaba las vacas y cultivaba las tierras; en otoño cogía bellotas para venderlas luego, y todo el año iba a los montes por leña seca para la cocina y el hogar.

Estos fueron los modestos orígenes del amigo íntimo de Goethe, que si no vió nunca colmadas sus aspiraciones, pues no pudo ser pintor ni pasó nunca de ser un escritor mediocre, disfrutó de la amistad del gran poeta alemán, motivo justificado de satisfacción.

Sentía Eckemann una verdadera idolatría por el genial autor del «Fausto». Un día, el 11 de octubre de 1828, comió Eckemann en casa de Goethe. Se habló mucho y de muy diversas cosas; pero Juan Pedro Eckemann no recuerda nada de lo que dijeron los comensales; las palabras que Goethe hablaba dirigido antes de sentarse a la mesa llenaban su mente por completo. Charlaban y bromaban

todos; sólo él permanecía grave, silencioso, meditativo. Su actitud provocó la hilaridad de los comensales; pero él no se molestó por esto. Pensaba en Goethe, en su elevada espiritualidad, y bendecía al Destino que le había hecho uno de los pocos que podían gozar del trato y la amistad del insigne escritor. A los postres, Goethe reparte racimos de uvas, y, alargándole una muy madura, le dice: «Tenga usted, amigo; coma y alégrese.» «Gusté la uva que me había dado—dice Eckemann—, y mi alma y mi cuerpo se identificaron con él.»

Un enamorado no hablaría con más entusiasmo e ingenuidad.

Con frecuencia, durante una de esas comidas, Eckemann lleva la copa a los labios y bebe en honor de su amigo, mirándole fijamente a los ojos.

Eckemann ponía toda su atención en las palabras de Goethe. Luego, en su casa, procuraba transcribirlas al papel con la mayor fidelidad posible; pero a estas «Conversaciones con Goethe» les falta algo para poder ostentar este título: la disensión. Goethe lleva siempre la conversación, Eckemann no se atreve o no tiene por qué discutirle. Sólo una vez le contradice. Ha hecho una observación que desvirtúa una de las opiniones expuestas por Goethe en su «Teoría de los colores», y se ve en el caso de confesarle su descubrimiento. Esto proporciona un verdadero disgusto al poeta, que, si perdona las críticas a sus obras literarias, no puede soportar la menor objeción a sus investigaciones naturalistas.

El 22 de marzo murió Goethe. Al día siguiente, Eckemann no pudo resistir el deseo de contemplar por última vez a su amigo y maestro. El cuerpo yacía desnudo y envuelto en una sábana. Eckemann tuvo la tentación de cortar un rizo de sus cabellos; pero el respeto le contuvo. El criado apartó el sudario, y Eckemann quedó asombrado de la divina belleza del cuerpo del poeta.

Todo en Goethe le parece perfecto: la figura, el semblante, la voz, la mirada, y de todas las páginas de sus «Conversaciones» se desprenden una admiración y un cariño profundos por el poeta, una admiración y un cariño que se van adueñando de nosotros a medida que entramos en conocimiento con Goethe, y gozamos de sus magníficas ideas y de la atrayente calma de su recinto en Weimar.

Pero este Goethe que nos presenta Eckemann no logra por completo nuestra simpatía. Su filosófica indiferencia, su impasibilidad ante el dolor, su exagerado culto a sí mismo, repugnan a nuestro temperamento. Tal vez sea demasiado perfecto este Goethe para ganar nuestro corazón. Una lágrima, un suspiro, un momento de decaimiento espiritual, y, al humanizarse, obtendría todo nuestro cariño. No hace mucho conocimos a un joven cuyas opiniones coincidían bastante con las nuestras. Esta afinidad de pensamientos nos unió con sincera amistad; pero nuestra compenetración espiritual no fué absoluta hasta el día en que descubrimos que una desdicha semejan-

te amargaba nuestras vidas. Aunque opinemos en muchas cosas con Goethe, aunque admiremos siempre su poderoso cerebro, no sentimos por el Goethe de los últimos años la simpatía que nos inspira aquel Goethe inquieto, místico e ingenuo, que busca con ansiedad en el ocultismo la suprema verdad y sueña sublimes imposibles con Madele de Keettemberg, la iluminada sentimental, y con Lavantes, loco de misticismo, de quimera y de ensueño.

Eckemann pone en sus «Conversaciones» observaciones acertadas e ingeniosas ideas de su propia cosecha; pero quedan siempre oscurecidas por el genio y la sabiduría de Goethe. Además, Eckemann nos da la impresión de un hombre vulgar. De su viaje por Italia con el hijo de Goethe, sólo nos cuenta que en el teatro de la Canobiana, de Milán, no hay concha para el apuntador; el director de orquesta domina desde su sitio a ésta y a la escena perfectamente, y los artistas cobran muy buenos sueldos. Y, sin embargo, ha estado por primera vez en Venecia, en Milán, en Génova...

En las «Conversaciones» sobra mucho; los tres voluminosos tomos pudieran reducirse a dos, tal vez a uno. Este exceso de datos sin interés y la versatilidad propia de toda conversación, hacen que algunas veces llegue a fatigarnos un poco la lectura. En general, se lee con agrado, y todo el que conozca las obras de Goethe sentirá una emoción intensa al abrir el libro y penetrar en la vida íntima del sublime poeta.

Eckemann es como un espejo claro y límpido en el que se refleja la magnífica figura de Goethe.

Luis MARSILLACH

EDITORIAL MUNDO LATINO

Novedades recientes

	Pesetas.
<i>Guido da Verona:</i> LA QUE NO SE DEBE AMAR (novela). Gran éxito.....	5,00
<i>Gómez Carrillo:</i> LA GESTA DE LA LEGIÓN EXTRANJERA (crónicas).....	4,50
<i>V. García Martí:</i> VERDADES SENTIMENTALES (ensayos).....	4,50
<i>Fenimore Cooper:</i> UNA COLONIA SOBRE UN VOLCAN (novela de aventuras).....	3,00
<i>Hoffman:</i> EL TONELERO DE NUREMBERG (novela).....	1,00
Pedidos: SOCIEDAD GENERAL ESPAÑOLA DE LIBRERÍA, Estaciones. Quioscos y Librería Yagües, Caballero de Gracia, 28; Apartado 502.—Pídase catálogo.—Envíos contra reembolso.	

Advertimos a los señores que nos honran con su colaboración espontánea, que "en ningún caso" nos es posible devolver los originales no solicitados ni mantener correspondencia acerca de ellos.

Imp. de EL IMPARCIAL. — Duque de Alba, 4.

"Anís Balmaseda" MALAGÓN (Ciudad Real)

ESMALTE ORO "EL SOL"
para dorar cuadros, espejos y retablos.
La Casa más surtida en colores
FLORENTINO PEREZ (S. en C.)
Sucesores de Díaz Herrera
HORTALEZA, 17

TURBINAS
para cualquier salto y caudal.—Etablissements Benninger, Uzwil (Suiza). Pídanse presupuestos gratis a Oficina Técnica «Promotor» (S. A.)
VALVERDE, 20. — MADRID

NUEVA DROGUERÍA Y PERFUMERÍA
CRUZ, 37 Y 39. — TELÉFONO M 3.714
PRECIOS ECONÓMICOS VERDAD
GRANDES EXISTENCIAS

LADRILLOS REFRACTARIOS
TUBERÍA DE GRES
Fábrica: **PACÍFICO, 12**
TELÉFONO M 17-65

Instituto Católico Complutense
TELÉFONO S 1.817.—VELÁZQUEZ, 40.—APARTADO 269
Bachillerato, Derecho, Medicina, Farmacia, Ingenieros industriales, Correos, Telégrafos, Radiotelegrafía, Auxiliares de Gobernación, Tribunal de Cuentas
Gran Centro cultural, con brillantísimo profesorado.—Magnífico internado para más de 100 plazas, en hermoso hotel, situado en lo más higiénico y aristocrático de Madrid
Director: **MANUEL MOIX GOMBAU**
Doctor en Derecho y abogado del Ilustre Colegio de Madrid
Administrador: **PEDRO MOIX GOMBAU**
Presbítero

MOTOCICLETAS ESCUELA PRÁCTICA DE AUTOMÓVILES Y MOTOCICLETAS — ALQUILER Y REPARACIONES
ALVAREZ HERMANOS
SANTA ENGRACIA, 2. Teléfono J 2.281

GRAN SALDO DE PIELS
confeccionadas y para confeccionar. Liquidación de medias y calcetines de todas clases.
HORTALEZA, 82
LA ESTRELLA

OBJETOS DE OCASION
Grandes surtidos en alhajas, gramófonos, discos, objetos para regalos y **MANTONES DE MANILA**.
SAN BERNARDO, 1.

ZAPATOS
Nuestros calzados son siempre de último modelo, y por esto podemos vender ahora mejor y más barato que nadie
Les Petits Suisse.
Fernando VI, 17

CARRERAS MILITARES
CURSOS ABREVIADOS. Clases especiales por ingenieros militares y capitanes de artillería e infantería. Solicite lista de profesores y de alumnos ingresados.—**Fuencarral, 33; de cuatro a nueve.**

Pedid Coñac Lion d'or

ALFON O FOTÓGRAFO
FUENCARRAL 6 MADRID.
TOLEDO 63 MADRID.

PUEBLA DE ALMORADIEL (TOLEDO)
CONSTANTINO S. VILLALBA
VINOS Y CEREALES

CASA JIMENEZ
Primera en venta y alquiler de **MANTONES DE MANILA**, mantillas y trajes de frac y smoking.—**CALATRAVA, 9.**

LAMPARA NITRA
A. E. G.



Consumo 1/2 vatio.
Luz blanquísima. — Preferida a todas sus similares.
Pídase en todos los establecimientos de venta de lámparas eléctricas y en la
A. E. G. Ibérica de Electricidad S. A.
MADRID { Nicolás María Rivero, 8 y 10.
Plaza de las Cortes, 2.

CALLOS

Si sufre usted de los pies
es porque quiere. Compre
hoy un tarro del patentado

UNGÜENTO MÁGICO

y en tres días se verá us-
ted libre de callos y du-
rezas, juanetes y ojos de
gallo. Pruébalo y quedará
asombrado.

Pídalo en farmacias y droguerías, 1,50.- Por correo, 2 ptas.

FARMACIA PUERTO

PLAZA DE SAN ILDEFONSO, 4, MADRID



CARLOS COPPEL



FÁBRICA DE RELOJES
FUENCARRAL, 27 - MADRID

CERTIFICADO DE
GARANTÍA CON
CADA RELOJ.

AGUAS del INCIO

Análogas a las tan célebres de Spa,
Bagnères de Bigorre, Pyrmont, etc.
Curan anemia, enfermedades por
debilidad, propias de la mujer, y
cuantas manifestaciones origina el
agotamiento nervioso.

= BOVEDA (Lugo) =

Las selectas producciones que se impondrán esta tempo-
rada por sus finos argumentos, lujosa presentación e irrepro-
chable conjunto pertenecen al

PROGRAMA VERDAGUER

para el que trabajan los mejores artistas del mundo entero.

Sucursal: Plaza del Progreso, 5.—MADRID

Casa central: Rambla de Cataluña, 23.—BARCELONA

NERVIOSINA DE T. GONZALEZ

De venta en
farmacias

QUIOSCO DE EL IMPARCIAL

Calle de Alcalá esquina a Barquillo.
Se admiten suscripciones y anuncios.

MANUEL LOPEZ

FABRICANTE DE MUEBLES

Comedores, despachos, recibimien-
tos, dormitorios, sillerías, tocado-
res, salones, escritorios de señora,
bureaux americanos, clasificadores

Serrano, 17 - Ayala, 60



Estufas de todas clases y en todos los tamaños

AMERICANAS Y FRANCESAS

Las más perfeccionadas, eficaces, económicas e higiénicas; únicas sin tufo

PARA COK, ANTRACITA Y LEÑA

Antes de comprar visiten la exposición. Se hallan de venta en su único depósito,

VALLES, FUMISTA

Calle de la Cruz, núm. 11. — MADRID — Teléfono 986

PÍDASE EL CATALOGO ILUSTRADO

